

CANTO FUNEBRE

A LA MEMORIA DEL CIUDADANO

JOSÉ ROMERO

**En el día de sus exequias celebradas en
el convento de Agustinos.**

por Mercedes Marín del Solar.



Santiago,

IMPRENTA DEL «CONSERVADOR».

—Mayo de 1858.—

CANTO FUNEBRE.



¡I, tornará a sonar, la lira mia
Toda cubierta de luctuosos velos,
I subirá mi voz hasta los cielos
Extinguida en mi pecho la alegría?
¡Ah! no es posible no, que herida el alma
Perdió la dulce, la serena calma:

La vision seductora,
I la esperanza bella
De un porvenir de gloria
Como nube fugáz desaparece,
Mientras el mar de la afliccion acrece,
I en funeral acento
Apagada la voz antes sonora
Murmura el corazon triste lamento.
¡I aun debo yo cantar? El sacrificio

Lo exige la virtud, no el humo vago
De vanidad, ni adulacion rastrera:

En la hora postrimera
Del que modelo fué de patriotismo,
De humanidad i honor, el egoismo
Ceda a la admiracion i a la justicia.

Sobre la fria losa
De **Romero** una flor pura olorosa
Como último tributo
Quiero arrojar i temple mi amargura
El pensar que en su muerte
Le ha cobijado la felice suerte,
Que al justo guarda el Dios de las alturas.

Sí, sublime virtud, cantarte quiero
I no en el héroe que empapó su acero
En la sangre del hombre,
Ni en aquel cuyo nombre
Eternizan los crímenes dorados
Con un falso esplendor, o cuya ciencia
Ajena del deber i la conciencia

Del pedestal de movediza arena,
Que le alzara el destino,
Presuroso al abismo se despeña,
Sino en el hombre honrado
De grande corazon cuya existencia
De muchas tempestades a la orilla
Discurrió sin temor i sin mancilla.

Si que ya veo de un sepúlcro en torno,
Al pueblo que se agolpa silencioso,
El semblante lloroso,
I de emocion i de respeto lleno;
Todo anuncia la pena, todo dice,
Que perdió su alegría i su consuelo
I para recobrarle,
Implora la piedad del alto cielo.
Pero ¿a quién llora el pueblo,? i porqué fija
Su vista en esa tumba
I al lúgubre sonar de una campana,
Anheloso se afana
En mostrar su dolor? Sí que se ha muerto

Su amigo verdadero, el que le amaba
Con afecto sincero,
Sin dejo de ambicion ni de egoismo;
I es ya cadáver yerto,
El que abrigó en su seno una alma bella,
Do la viva centella
De humanidad i compasion lucía
Como en el firmamento
Luce la estrella que precede al día.

Bajo el benigno influjo
De una era que anunciaba
La libertad de Chile, nació al mundo
El hombre a quien lloramos:
En su modesta cuna
No vertió la fortuna
Sus dones engañosos, ni el halago
De una alta posicion le cupo en suerte
Mas le dotó natura
De clara despejada intelijencia
I corazon honrado;

Franco, alegre, animoso
Sin fárrago de orgullo ni de ciencia
Al bien de sus hermanos consagrado.
Jenerosos instintos preludiando
Desde su edad temprana
Fué su destino siempre ser amado.

Jóven imberbe en su primer morada
Escuchó de las armas el ruído
I en el rostro querido
Del protector (a) que cobijó su infancia.
Vió brillar el coraje, la arrogancia
De un heroico civismo.
La primera emocion que conmovia
El alma juvenil en aquel tiempo
De ilusiones i gloria,
Era un indefinible sentimiento
De plácida alegría,

(a) El señor don Juan de Dios Vial Santelices, en cuya casa nació Romero, conservando por toda la familia los sentimientos de la mas pura lealtad.

Oyendo el estampido
Del cañon que atronaba
El aire i que los triunfos anunciaba
De la patria naciente,
Que en su primer aurora
Deidad omnipotente
Era del corazon dulce señora.

Romero le escuchaba, sacro fuego
En su moreno rostro se encendia,
I a las armas corriendo,
Jenerosos ejemplos imitando,
Fué de entusiasmo lleno
Infante de la Patria;
Sirvióla con amor i con constancia
O'Higgins, Vial, Carrera,
Mil veces le mandaron
Al combate, a la muerte, a la victoria,
I padeció con gloria
De Rancagua en la escena lastimera,
El grande San Martin entre sus bravos

Le contó en Chacabuco;
I en el cinco de abril su sangre pura
Ofreciendo esforzado ante las aras
De la libertad santa,
Retocó su esplendor i su hermosura.

Pero léjos de mí la cara imájen
Del siglo de oro de la patria amada;
De la dicha soñada,
Se oscurece el camino,
I perdonad si canto sin concierto,
Que este dia llorar es mi destino.

Crisol de la virtud es la desgracia,
Mas ¡ai! del que a los buenos ejercita
Con criminal audacia,
Saciando impune su insolente gusto,
Que venganza el delito al cielo grita,
I si el hombre perdona, Dios es justo.

El sensible **Romero**
Atormentado fué i al fin postrero

De su avanzada vida
Una profunda herida
Su pecho laceró. Baldon injusto,
Ultraje inmerecido
Cayó en el nombre de la casa ilustre,
Do vió la luz primera :
Oyólo referir ; sin verter llanto.
Muda dejó caer sobre la almohada,
Su cabeza abrumada,
Por el dolor indignacion i espanto.
¿Qué pensó o Dios! en el supremo instante?
No lo se, no, mi pluma no es bastante
A pintar su afliccion leal i profunda.
Minó hiel corrosiva
Su noble corazon... sordos rumores
Circundaron 'su lecho de dolores
Sus ancias redoblando;
I en un aciago dia,
Rompiéndose su frágil estructura
Su alma abandonó el mundo
I su cuerpo ocupó la sepultura.

Lloremos de la Parca el golpe fiero

Que arrebató a **Romero**,

Cuando el feliz invierno conmenzaba

De su honrosa vejez. Padre afectuoso

Respetado vivía

En su familia amada i era el norte

Del pueblo que sus canas presidia.

Fiel custodio del solio de la lei

Sus secretos guardaba

Miéntas con sus ejemplos enseñaba

El órden i el respeto, al pueblo, rei.

Pero él murió, la vívida centella

Que titilaba en su pupila ardiente

Por siempre se apagó, i el indijente

No verá correr de ella dulce llanto

De compasion i amor. Está desierta

De la cárcel la puerta,

I en vano el desgraciado, el inocente

Exala su clamor; al compasivo

Corazon de **Romero** ya no alcanza:

Romero que prestaba atento oído.

Aun del culpable al misero gemido,
I lleno de ternura i de induljencia

A la recta justicia
Un fallo le arrancaba de clemencia.

Díganlo tantos reos que a la vida,
Del cadalzo tornò, los hijos tiernos,
Las hermanas, las madres, las esposas,

Que imploraron llorosas
Su dulce compasion i que le hallaron
Sensible a su dolor, noble i humano,

Imájen espresiva
De la bondad del padre soberano,

¡ O cuantas bendiciones
Se oyeron en su lecho de agonía!
Voces de santo perenal consuelo,
Acentos de dulcísima armonía
Que su alma acompañaron hasta al cielo,

Al tocar los umbrales
De la eternal morada,
Los padres de la Patria venerandos,

Afables al mirarle sonrieron,
I los brazos le abrieron
Con amor inefable,
I entre sus sillas de oro le pusieron.

Esc ataud que encierra
Sus restos i su nombre i su memoria,
Son prendas siempre caras
Que con amor conservará la historia....
Pero ¡qué escucho, o Dios,! su voz sonora
Resuena en mis oídos,
Que por nosotros el favor implora
Del Supremo Hacedor. Mirad cual torna
La iluminada faz desde la altura,
I a mirar nos convida

La mansion eternal de luz i vida,
Aquí (dice) no impera
Del hombre la injusticia,
Su cetro la malicia
Quebranta en este puerto de salud;

I el que un tiempo arrastraba
Ominosa cadena,
Aquí con faz serena
Respira de penosa esclavitud.

Mírad esas moradas ,
Que a su gloria esplendente
Crió el Omnipotente
Inmensas en belleza i magnitud.

I las verdes praderas,
Las cristalinas fuentes,
Las límpidas corrientes
Donde refleja sempiterna luz.

Colinas de esmeralda,
Esmaltadas de flores,
I blancos esplendores
De una nieve de eterna pulcritud.

¿No escuchais los cantares
En que absorba la mente

Se embriaga dulcemente
Alabando de Dios la escelsitud?

No veis de la inocencia
La divinal sonrisa,
Cual perfumada brisa
Que exhala el puro olor de la virtud?

Mirad los rostros bellos
Que nuestros ojos vieron,
De los que justos fueron
I hoi gozan de la eterna beatitud.

¡Ah, si del alma vieras
El gozo puro, intenso,
Que cual raudal inmenso,
Se llena de delicias i de luz!

Dejad, dulces hermanos,
Dejad la impura tierra,
Donde tan cruda guerra
Se hace hoi al sacro honor i rectitud.

I donde cuanto existe
De noble i jeneroso
Con ridículo odioso
Arrastra el negro vicio al ataüd.

Buscad al Dios inmenso,
Seguid sus santas huellas,
I vívidas centellas
Surjirán de la via de salud.

Amad la patria bella,
Amad al mundo entero.
Esplotad el venero
De amor que hai en el árbol de la cruz.

Venid al fin conmigo
Al descanso del justo
Mientras al mundo injusto,
Cubre el crimen con su hórrido capuz,

